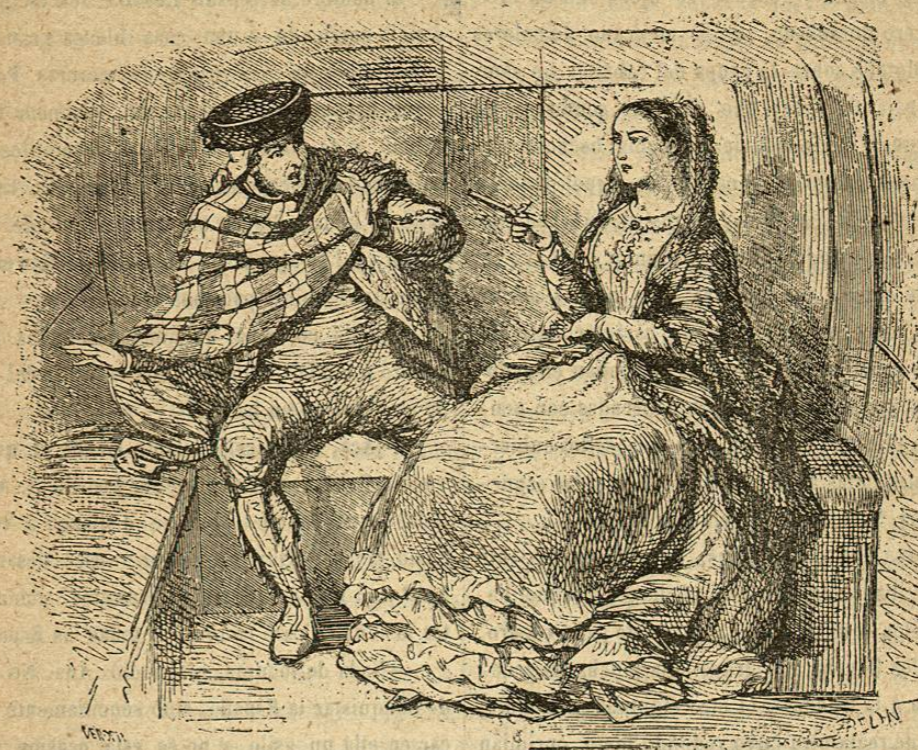


LUIS DE MARSILLY.

Los aventureros.—(1834-1841.)



Y apuntando un cachorrillo....

¿Es el hecho que voy á referir una historia ó una novela? Es fácil equivocarse; el lector juzgará.

El 5 de Diciembre de 1833, como á las dos de la tarde, es decir, á la hora que en España se llama de siesta, una partida, ó si se quiere mejor, una cuadrilla desembocaba en la orilla portuguesa del Tajo, por el camino de Castelo Branco.

Componiase esta partida de cuatro individuos cuyos trajes y fisonomías llamaban la atencion. El que parecía jefe era un hombre alto, delgado, bien hecho; sus facciones huesosas y rudamente acentuadas, su nariz aguileña encorvada sobre un par de bigotes enormes, su cutis tostado y como curtido por el sol y el áspero viento de la sierra, sus ojos negros, penetrantes y en continuo movimiento, y su desenvoltura le componian una fisonomía que recordaba á la

vez el tipo inmortal de don Quijote, y el mas moderno del aventurero militar, tan comun á la sazón en la Península.

Montaba un poderoso caballo andaluz, y vestía el uniforme portugués de teniente coronel del ejército libertador, constitucional ó *negro*, que en aquel momento luchaba en Portugal contra el vacilante poder de don Miguel. Pero este uniforme, singularmente estropeado y modificado por los azares de una vida aventurera, se completaba de un modo bastante original con un sombrero bajo de copa y archo de alas, adornado con cordones rojos y amarillos, con una carabina llevada en bandolera, y un gran morral de piel de carnero con su pelo.

El mas notable de los compañeros de este extraño personaje montaba una jaquita negra de los Algar-

bes. Su traje elegante y original consistía en una chaqueta de terciopelo oscuro, galoneada de plata, y abrochada con gruesos botones de plata y turquesas, y por un ancho cinturón rojo que ceñía un talle esbelto y flexible. Una rica pechera con chorrera de encajes se divisaba por los huecos de la chaqueta. A su cuello blanco y delicado se fijaba con un broche de acero dorado un *zarape* mejicano de colores vivos, y flotaba sobre la grupa del caballo. Un sombrero de paja finísima, uno de esos sombreros de Panamá que la moda todavía no había hecho comunes en Europa, cubría la cabeza de aquel jinete, á quien su pequeña estatura y su rostro imberbe hacían tomar por un adolescente al pronto; pero al examinarle de cerca, sus grandes ojos negros con un círculo oscuro, su belleza de un carácter extraño, sus largos cabellos negros que se escapaban en sedosos bucles, sus diminutas orejas adornadas con pendientes de filigrana de plata, y sus piecitos cubiertos por unas botas altas provistas de pesadas espuelas de plata, revelaban que era una mujer.

Los otros dos compañeros, de rostros bastante vulgares, iban vestidos con chaleco y chaquetilla, cuyos ribetes se deshilaban, y gorras de paño oscuro. Uno de ellos llevaba á la grupa una muchacha gruesa, vestida á la francesa; el otro montaba una mula, y llevaba de reata otra cuyo redondo lomo oprimían una gran bota, un pellejo lleno, y dos enormes alforjas.

Todos iban armados hasta los dientes, y hasta el jovencito del sombrero de Panamá llevaba en su cinturón rojo un largo puñal, y dos pares de cachorrillos de fábrica inglesa.

El alto, que parecía jefe de aquella partida, se adelantó hasta la orilla del río, buscando con la vista indicios de un vado, y no tardó en encontrar las huellas de caballerías que designaban el sitio en que, á falta de un puente que debían costear los dos reinos limítrofes, se operaba habitualmente el paso en esta parte de la frontera.

Mientras que él estudiaba el terreno, el del Panamá, con la mano formando pantalla sobre los ojos, miraba á la otra orilla, donde se divisaban unos cuantos como cortijos que componían una aldea.

Después de algunos instantes de observación,

hizo una seña al jefe y desigrándole un punto de la orilla opuesta, le dijo en francés:

—Leczincki, mira aquel tunante con un pañuelo encarnado á la cabeza, que vá corriendo al pueblo; apuesto á que estaba ahí de centinela. ¿Nos querrán los españoles negar el paso?

El hombre designado llevaba una escopeta, y se dirigía corriendo á una casa blanca grande medio cubierta por un gran grupo de moreras. Pocos instantes después se oyó sonar una campana tocando á rebato, y de todos los cortijos tranquilos salieron paisanos con escopetas y caras asustadas. En seguida salió de la casa blanca un destacamento de nacionales, al cual se agregaron en calidad de retaguardia como unos treinta paisanos armados.

Aquella columna, de unos doscientos hombres, avanzó á tambor batiente hasta la orilla del río, donde se desplegó en batalla.

—¡Acá, valientes! exclamó riendo el que hemos visto señalar con el nombre de Leczincki. Ahí teneis todos esos canallas que se disponen á recibirnos como perros. ¿Quieres cargar á esos desarrapados, Ana? Con un poco de buena voluntad, somos bastantes los cuatro para conquistar todas las Españas.

—Nada de locuras, respondió Ana. No se trata de conquistar la España, sino sencillamente de buscar en ella un asilo, y no es esta ocasión oportuna para asustar á nuestros huéspedes. Además, coronel, el paso de un río delante de un enemigo superior en fuerzas, cuando no se tiene cubierta la retaguardia, hay que confesar que es una operación bastante escabrosa.

—Está bien, dijo Leczincki; parlamentaremos con esos tunantes.

Y colocándose la carabina á la espalda, apretó los ijares de su caballo, y entró resueltamente en el río silbando el coro de la *Parissienne*.

La emoción que había producido en el pueblecito español la aparición de aquella partida en la frontera portuguesa del Tajo, se explicaba fácilmente por las circunstancias.

Toda la Península estaba entonces en armas. La muerte de Fernando VII en España acababa de hacer recaer el destino del reino en la minoría de Isabel II, niña de tres años. La regencia de la reina madre,

Cristina, tenía que luchar á la vez con la impopularidad siempre creciente del ministerio Cea Bermudez y con el levantamiento de los partidarios de don Carlos, alejado recientemente del trono por la abolición de la ley sálica. Este pretendiente, cuyos amigos organizaban en aquel momento la insurrección en las montañas de Vizcaya y Navarra, se había refugiado en Portugal, donde ardía también la guerra civil.

Allí, otra reina igualmente joven, doña María, disputaba á don Miguel un trono, que don Pedro, su padre, iba en breve á conquistarle.

Para los pacíficos habitantes de la frontera occidental de España, estas diferencias, estas guerras no tenían otro resultado que alarmas demasiado frecuentes. Los partidos enemigos atravesaban á menudo el río que separa á Portugal de la Extremadura española.

El tristemente célebre cura Merino, Cuevillas y otros, tan pronto cabecillas políticos como bandidos, correteaban la frontera á la cabeza de sus partidas, mientras que se concentraba á orillas del Tajo un ejército de observación á las órdenes del general Sarsfield, dispuesto á intervenir para asegurar la victoria á doña María.

No es extraño, por consiguiente, ver á los nacionales, y hasta á los mismos labriegos, apercibirse para rechazar á los aventureros que intentaban entrar en España. Además, otra causa les hacía temibles: ya no era solo el pillaje lo que se recelaba de ellos, sino que fueran portadores de un azote mucho más temible. Desde el mes de Julio, el cólera morbo, después de haber assolado la frontera marítima de Portugal, había pasado el Tajo, invadiendo primero á Huelva, y después toda la Andalucía.

Así es que cuando el jefe llegó á la orilla opuesta del río, cuando aún no habían los cascos de su caballo abandonado la arena húmeda, varias carabinas se bajaron apuntándole para prohibirle dar un paso más, y el comandante de los nacionales pronunció un *¡Alto!* de los mejor acentuados.

—¿Qué son ustedes caballeros? continuó el comandante. ¿Cristinos ó carlistas?

—¿No vé usted mi uniforme? respondió el gineete. Los soldados de don Miguel, ó los bandidos de don Carlos nunca han llevado charretera como esta.

—¿Es usted francés, señor? preguntó el comandante prevenido por el acento del recién llegado.

—Sí, señor; teniente coronel al servicio de don Pedro.

—Y en tal caso, ¿cómo es que vuelve usted las espaldas á Portugal? Su Majestad don Pedro de Alcántara ¿no es, como se nos ha dicho, dueño de dos capitales del reino? ¿No ha batido á don Miguel y le tiene sitiado en Santarén? El puesto de un oficial está en donde se batan.

—Pues justamente porque don Miguel y los suyos han retrocedido delante de nosotros, les hemos perseguido en su fuga. Quince días hace que les vamos dando caza en los Algarbes. Pertenezco al cuerpo del barón de Sada Bandeira; pero hace tres días que nos ha interceptado la comunicación con el resto de la tropa una partida carlista que ha acudido al socorro de los miguelistas á quienes perseguíamos. La sierra no es bastante segura para recorrerla en tan corto número; y además, señor comandante, si don Pedro ha traído del Brasil á los portugueses una buena constitución completamente nueva, parece que ha olvidado traerse al mismo tiempo su bolsa, porque hace mucho tiempo que por mi cuenta no he visto el color de sus doblones; así es que ya le he servido bastante, y me voy. En fin, creo que ya basta de preguntas y respuestas. Creo que no tenemos fochas de rateros, y mis papeles están en regla. ¿Dónde está el señor alcalde?

—El señor alcalde, respondió un aldeano, debe estar á estas horas en su bodega; en cuanto oye hablar de forasteros, se le figura que don Carlos y el cólera vienen á sentarse delante de su puerta.

Destacáronse algunos hombres para ir á buscar al alcalde, y como los recién venidos no parecían ser muy peligrosos para la tranquilidad de España, los nacionales rompieron filas; disemináronse los voluntarios por la ribera, y se pusieron á hacer un cigarro á la sombra de los árboles, aunque cuidando de formar cerco de suerte que impidieran el paso á los viajeros.

Entonces el jefe hizo una seña á los de la otra orilla, y los dos caballos y las dos mulas entraron en el vado.

La pequeña partida tuvo que esperar una hora

larga en la orilla española á que el alcalde de Herre-
ria, que así se llama el pueblo, le diera la gana de
comparecer. Por fin llegó y pidió los papeles de los
viajeros con un aire, como si tuviera delante una
vivora. De buena gana se hubiera tapado las narices
para verlos, pues se figuraba que estaban impregna-
dos de cólera en dosis elevadas.

—¿Y quiénes son esos hombres que acompañan
á usted? preguntó temblando el alcalde.

—Soy, dijo el jefe, el teniente coronel de Marsi-
lly, al servicio de don Pedro. Aquí está mi pasaporte
portugués, y un pasaporte francés, visado por las
autoridades de Oporto. Esta señora, añadió señalando
al del sombrero de paja, es doña Ana de Marsilly,
mi esposa; y los otros son de mi servicio, el secre-
tario, la doncella y el criado. Soy francés, mis pa-
peles están en regla, quiero atravesar el territorio
español con mi servidumbre para volver á Francia.
Pero como parece, visto el estado del país que este
viaje presenta dificultades y excita desconfianzas,
propongo á usted lo siguiente, usted es alcalde de un
pueblecito, y no puede comprometer á España entera;
pero puede entenderse conmigo para el paso por
su territorio. Lo mismo haré con los demás hasta
Valencia de Alcántara, donde probablemente encon-
traré algún destacamento del ejército de observa-
ción, y desde donde podré concertarme con la inten-
dencia de Badajoz.

El alcalde miró por última vez con cierta desconfianza á los viajeros, y consintió. Pusieronse en camino, y el teniente coronel de Marsilly entró por la única calle de Herreria con el aire vencedor que debía tener Alejandro el Grande cuando entró en Babilonia. El alcalde le condujo á la puerta de un meson de apariencia bastante mezquina, y los viajeros procuraron instalarse como mejor pudieron en la más miserable de las posadas españolas.

Era un tipo curiosísimo de aventurero el tal Luis Leczinski Fournet de Marsilly. Las épocas de perturbación hacen subir á la superficie de las sociedades una espuma mezclada de vicios notables y de cualidades vigorosas. En esos tiempos de desórdenes y de fermentación general, los caracteres bien templados se revelan, se imponen y asaltan la fortuna. Pero de todos esos protegidos de la audacia y de la casuali-

dad, no hay más que cierto número que sepa encontrar su sitio en el orden que vuelve á renacer; los indisciplinables se agitan algún tiempo, luchan altivamente contra la fuerza social que se organiza, y vuelven á caer en el cieno á donde son arrojados violentamente por la sociedad á quien amenazan.

Del número de los últimos fué Luis Fournet de Marsilly, uno de los héroes populares de la revolución de Julio de 1830.

Luis Fournet de Marsilly, nació en 1798 en Maillé, departamento del Viennes, de una familia recomendable y rica. Su madre era hija del célebre abogado de los tribunales de Poitiers, Laurendeau. Esta mujer, tan enérgica como bella, vió en 1793 conducir á su padre ante el tribunal revolucionario, y al observar que los jueces negaban la palabra al ilustre abogado temiendo sin duda que imprimiese á su conducta el estigma de su irresistible elocuencia, adelantóse á la barra y defendió á su padre con tan rigurosos acentos, que los jueces no tuvieron otro remedio que obsolverle, pues una condena hubiera promovido un motín.

Eduardo Luis por tal madre no podía ser un hombre vulgar; su precoz inteligencia, su fuerza física nada común y la audacia de su carácter le hicieron el escolar más indomable, y le destinaron á la carrera de las armas, entrando en 1812 en la escuela militar de Saint-Cyr, y formando parte del ejército francés hasta 1823. Admitido sucesivamente en la guardia real, en la legión del Vienne y en los regimientos de línea, era capitán en 1823, cuando renunció á la carrera militar.

Había necesitado para conquistar en diez años este grado que renunciaba una capacidad extraordinaria, porque su carácter intratable le exponía á cada instante á mil conflictos perjudiciales para su porvenir, porque era uno de esos naturales vigorosos, pero incompletos, que tienen sed de mandar, pero no saben obedecer.

En nuestras sociedades reglamentadas hasta la minuciosidad, organizadas de suerte que someten toda energía individual á las leyes tutelares del interés general y del respeto jerárquico, estas fuerzas aisladas rara vez encuentran colocación. Solamente en los días de desorden, en las extremidades, toda-

vía mal organizadas, del cuerpo social, se desarrollan útilmente para sí mismo, y sin peligro para los demás. Un Cortés, un Pizarro, aventureros de genio, hubieran sido quizá un peligro para la sociedad española á no existir Méjico y el Perú. Los bucaneros de Santo Domingo, los filibusteros de las Antillas en el siglo xvii, los atrevidos plantadores de la América del Norte en el xix, sirven la causa de la civilización separándose de ella. Los Mergan, los Pedro el Grande, los Moubars, el Olonés, los Miguel el Vasco, los Rousset-Boulbon, los Walker, aprisionados en la estrecha disciplina de un Estado bien arreglado, se ahogarian en ella, ó lucharían incesantemente contra las justas exigencias de la jerarquía de la ley.

La historia de Luis de Marsilly es la de uno de esos aventureros sin empleo que se estrellan contra la sociedad; en otra época y en otro teatro hubieran podido ser héroes: en los actuales no son más que refractarios á la civilización.

Parecía que la revolución de 1830 debió dar por un momento á la actividad turbulenta de Marsilly el alimento que le faltaba. Retirado á su provincia, se casó allí por los años de 1826 con una jóven de rara belleza, cuya alma ardiente y novelesca imaginación nada tenían que pudiera tranquilizar su propia exaltación. Ana de Marsilly hubiera sido digna compañera de uno de esos héroes aventureros, cuyos nombres poéticos citamos más arriba. Seis meses después de su matrimonio, Marsilly estaba en París lleno de deudas, y el 18 de Abril de 1826, sus acreedores le abrían las puertas de Clichy.

Cuando estalló la revolución de 1830, Marsilly, que salió de la cárcel en medio del desorden general, corrió en busca de la fortuna. Paseó un poco de tiempo su uniforme en medio de aquellas ruinas sobre las cuales sin saberlo se edificaba una nueva sociedad, prudente y modesta, enemiga desde su nacimiento del ruido y de la violencia. El primer cuidado de la monarquía de Julio fué rechazar de su seno la escoria de aquella revolución de que había ella salido. Toda una población inquieta y ardiente de gente sin clase, héroes de guerra civil, pretorianos de motín, se negaban á soltar el fusil y á recobrar las armas pacíficas del trabajo y del orden; los voluntarios parisienses cayeron sucesivamente sobre España y

sobre Argelia, al propio tiempo que los refugiados de toda Europa se lanzaban como de descubierta á Bélgica y á Polonia. Pero esto duró poco. Una junta revolucionaria española establecida en París había organizado en las dos fronteras de Bayona y Perpiñán un ejército compuesto de todos los elementos heterogéneos que París encerraba en su seno, mientras otras juntas de igual carácter formaban columnas de libertadores para Bélgica y Polonia. Las justas quejas de los Estados amenazados, la perspectiva de represalias carlistas en las provincias del Sudoeste produjeron la rápida disolución de estas partidas.

Luis de Marsilly, por un momento jefe de Estado mayor de los voluntarios parisienses, y luego comandante de la guardia nacional de Maillé, se cansó en breve de este simulacro de acción; pidió y obtuvo una misión secreta en Bélgica, que más se refería á policía internacional que á la diplomacia; y seguido luego de su inseparable compañera, se adelantó hasta Cracovia, y volvió con algunas ilusiones menos sobre el porvenir de Polonia.

A su regreso se abrió en el Oeste de Europa un nuevo campo á los espíritus aventureros.

Don Pedro, recién llegado del Brasil, cuya corona había abdicado para arrancar de manos de don Miguel el trono de doña María, su hija, estaba á principios de 1833 sitiado en Oporto por las tropas de su adversario. Mientras que resistía vigorosamente y se disponía á atacar á su vez, sus emisarios le reclutaban en Londres y en París un ejército de mercenarios. La esperanza de altos grados y de buenos sueldos reunió muy pronto bajo su bandera á todos los aventureros, á todos los hijos perdidos de la revolución, y entre esos no podía faltar Marsilly. Ofreciósele el grado de comandante en el ejército pedrista; aceptó pensando ganar todavía más con la punta de su espada, y acompañado de Ana se embarcó para Ostende, y de allí para Douvres con las dos compañías que mandaba.

Reunido el pequeño ejército pedrista en Belle-Isle-en-Mer en el mes de Enero, dióse á la vela para Oporto bajo el mando del general francés Solignac, y apenas llegó, se encontró sometido á rudas pruebas. El cólera y las bombas de don Miguel asolaban á Oporto; la flotilla pedrista del almirante Sartorius, recha-

zada de continuo por el mal tiempo fuera de la barra del Duero, ballaba grandes dificultades para aprovisionar á la plaza; por último, faltaba el dinero, ese nervio de los aventureros, y los aventureros se quejaban vivamente. En aquel concierto de recriminaciones sobresalía entre todas la voz de Marsilly.

Afortunadamente para don Pedro, el ataque fué tan vivo, que las discusiones intestinas desaparecieron ante el peligro comun. Veintidos mil miguelistas rodeaban á Oporto, defendido por catorce mil pedristas. El 4 de Marzo de 1833, despues de un bombardeo nocturno de los mas violentos, dos columnas de sitiadores cayeron sobre la ciudad en la direccion de Cordello y de San Juan de Foy. Los absolutistas fueron derrotados despues de un encarnizado combate en que perdieron mil y quinientos hombres. El comandante Fournet de Marsilly se distinguió en él por un valor caballeresco, y don Pedro, que era conocedor, le puso en el mismo campo de batalla las charreteras de teniente coronel.

En el mes de Julio recibieron los miguelistas un refuerzo, que hizo crítica la situacion del ejército sitiado. Los vandeanos de 1832, el señor de Bourmont, el general Clouet, el conde de la Rochejaquelin, seguidos de cierto número de carlistas llegaron á reforzar el ejército sitiador. Eran aventureros contra aventureros. El 25 pasó el señor de Bourmont á la orilla derecha del Duero, y atacó las posiciones de los pedristas. En el vigor del ataque pudo reconocerse que eran franceses. Cuatro veces ganaron terreno los miguelistas, y por un momento pareció decidida la suerte de la ciudad. Sonaban las campanas indicando que los arrabales ardian incendiados por las baterías de sitio, cuando en este desórden, Marsilly monta á caballo y recorre á galope las principales calles con Ana á su lado; llegan al palacio donde encuentran inactiva á la guardia del regente; Luis reprocha á los soldados su inaccion, levanta por su propia autoridad la consigna que los retiene lejos del combate, derriba á un oficial que intenta oponerse á su mandato, y seguido de aquellos hombres á quienes ha entusiasmado, corre á abrir las puertas de las cárceles, arma á los presos, y lleva delante de él á las fortificaciones á cuantos hombres encuentra. «¡A las baterías!» exclama Ana electrizada con este movi-

miento. Al llegar delante de las posiciones que Bourmont acaba de tomar, reúne Marsilly los lanceros de Saldanha, y cae sobre la vanguardia de Bourmont derrotándola, mientras la brigada inglesa completa la victoria, que costó cara á los miguelistas.

Ana, la intrépida amazona habia combatido al lado de su esposo. En el momento en que los sitiadores empezaban á cejar, Marsilly recibió un balazo en el pecho, y al verle vacilar sobre el caballo, adelantase un dragon portugués para rematarle de una cuchillada. Ana vé el riesgo, saca una pistola y á boca de jarro levanta el cráneo al dragon.

Curado Marsilly de su herida, que solo fué cuestion de algunos dias en aquel temperamento de acero, aquella pareja extraordinaria de matachines partió á incorporarse á la division de los Algarbes, á cuya cabeza acababa, el mismo dia de la victoria de Oporto, de batir el duque de Terceira al pié de Setubal un cuerpo de miguelistas mandado por Telles Jordao. Lisboa habia abierto sus puertas, y dueño en adelante de las dos primeras capitales del reino, ya no tenia don Pedro mas que acosar á los miguelistas, á quienes no tardó en sitiar en Santaren. El capitán inglés Napier, almirante de fortuna al servicio de don Pedro, como Marsilly teniente coronel, habia por su parte destruido en el cabo de San Vicente la marina absolutista. Por todas partes vencía el partido constitucional, y al fin iba á fundarse en Portugal un gobierno regular.

Queda dicho con esto que Marsilly se iba á encontrar mal colocado. Repugnábale el órden, y solo estaba contento navegando en agua revuelta. Audaz, violento, valiente como su espada, pero incapaz de obedecer, enemigo de toda jerarquía, insolente como un perdona vidas, ávido como un malandrín de la Edad media, ya se habia enajenado en el partido constitucional todas las simpatías que á primera vista le granjeaban su valor y su atractiva conversacion.

Esto explica cómo en lugar de aprovecharse de la victoria, esta pareja de aves de rapiña voló hácia los Algarbes, en pos de Sada Bandeira. Allí al menos y en el Alentejo habia medios de vivir en partidas. Las guerrillas de entrambas bandas continuaban allí la lucha casi terminada en el país llano por la alianza de las dos reinas. Se hostilizaban en la montaña ocu-

pando militarmente pobres pueblos, que cada partido ponía á contribucion.

Ya sabemos, por consiguiente, cómo Luis de Marsilly, su mujer y tres criados se separaron á fin de Noviembre de su gente, y de qué modo acababan de hacer su entrada en España.

Hemos dejado á Marsilly y á su mujer en el meson de Herrería. Despues de una comida de prisa, ó por mejor decir, despues de tomar un bocado, Luis de Marsilly envió á buscar al alcalde, pues tenia prisa de asegurar su situacion, y de cerrar definitivamente aquella frontera de que tan cerca se hallaba. El alcalde acudió, convinieron en las bases de un escrito en el cual se hacia constar la especie de capitulacion celebrada á orillas del Tajo, y luego el tembloroso funcionario se retiró con un «Dios guarde á usted» de los mas tranquilizadores para el aventurero. A media noche todos dormian en Herrería y Marsilly descansaba en una mala cama, que le parecia deliciosa, de las fatigas de la montaña, cuando de repente la puerta de su habitacion salta hecha mil astillas, y una docena de nacionales entran en la habitacion con la bayoneta calada. Marsilly quiso coger sus pistolas, pero uno de los recién llegados se habia ya apoderado de ellas; saltó hácia la ventana, y vió el patio de la posada lleno de gente armada; por último, la casa estaba cercada.

Rechinando los dientes y espumando de rabia vióse Marsilly obligado á rendirse. Su mujer y él fueron conducidos al ayuntamiento, donde encontraron al alcalde que habia cambiado completamente de modales. El hipócrita funcionario declaró á los cónyuges que les consideraba como enemigos peligrosos de la reina Cristina y de S. M. la inocente Isabel, y que, por consiguiente, les declaraba á ellos y á los que les acompañaban prisioneros de guerra. El secretario y el criado fueron encadenados; en cuanto á Marsilly, el primero que quiso tocarle para ponerle esposas fué recibido de tal manera, que el alcalde consideró prudente hacer rodear por quince hombres á aquel preso tan mal humorado.

¿Creía verdaderamente el alcalde de Herrería que la presencia de Luis de Marsilly en territorio español era un peligro para el trono y para la constitucion? Se podría dudar; pero el buen funcionario se habia

hecho este sencillísimo raciocinio. Personas que habian cruzado el Portugal á la cabeza de una partida, y que se refugiaban en España con tres caballos, dos mulas, alforjas bien repletas, y joyas visibles, sin las que no se veian, debian poseer con que indemnizar á un honrado alcalde del miedo que le habian causado.

La justicia española, lo mismo en este tiempo que en el que escribia el autor del *Gil Blas*, era ávida, creyendo como Basilio que lo que se puede tomar se puede guardar. Facil de caer en tentacion, la autoridad no creía con demasiada facilidad en la inocencia de personas detenidas con las manos llenas y el bolsillo mas: todo viajero sospechoso que desde el primer momento no demostrase la pureza de sus intenciones por medio de un número suficiente de reales discretamente colocados en manos de sus jueces, era carne de presidio y propiedad de un mundo de alguaciles, escribanos, procuradores y carceleros, raza que el pueblo español, con graciosa malicia, ha caracterizado apodándoles *lechuzas y sanguijuelas*.

El señor alcalde era para los Marsilly el primer diente de esa rueda inaplacable, que se apoderaba y aplastaba una presa designada á todas las aves de rapiña de la Península. Luis, á pesar de apurar la rica coleccion de juramentos y reniegos franceses, alemanes, polacos, ingleses, portugueses y españoles que habia aprendido en el curso de su vida aventurera, se vió obligado á sufrir su destino.

Su secretario y su criado, gente de poco mas ó menos, habian sido despojados al punto hasta del último maravedí. El, su mujer y la doncella, habian podido conservar lo que llevaban encima. Luis y Ana habian ocultado por prudencia en las cañas de las botas de viaje billetes del Banco de Lisboa y de Lóndres. Se les habian dejado sus bolsillos y sus alforjas; pero el alcalde se habia adjudicado una mula y un caballo.

Hecha esta primera sangría, partieron los prisioneros bien escoltados á Valencia de Alcántara.

Allí votó y renegó Marsilly, pidió que se le condujera ante las autoridades civiles ó militares; pero no se hizo caso de sus reclamaciones, hechas por otra parte con un tono de insulto y de amenaza qu